

culturales introduciendo en su ambiente cordial el desorden de posibles apasionamientos y suspicaces recelos de injusticia que han venido a ser secuela inevitable entre nosotros de todo fallo que se dicta, por honrado y justo que él sea, ellos han creído mantenerse libres de tales entristecedores eventos suprimiendo, mejor dicho, no creando esas fuentes de estímulo—las más puras—para el entusiasmo de los artistas nacionales, que, por ese motivo, lucharán sin calor ni contento.

Podría pensarse que tiene flojo fundamento esta suposición mía, ya que debe tenerse en cuenta que esta asociación de artistas, fundadora de los Salones de Bellas Artes anuales, no es todavía rica y no cuenta, por consiguiente, con el numerario indispensable para cubrir los gastos que originara el establecimiento de esos premios; pero es que sabemos que la Asociación de Pintores y Escultores rechazó el auxilio oficial que se le brindó en este caso concreto, de alta trascendencia para el desarrollo de nuestro arte naciente.

Yo pienso que ha sido un error el no aceptar la contribución eficaz del Estado a este nobilísimo empeño de fomento cultural, realizado con tanto tesón y entusiasmo por sus iniciadores; porque, si es cierto que es tentadora, de todos modos, para nuestros artistas, la perspectiva de darse a conocer y hasta de vender sus obras en esta especie de *mercado artístico* en que vienen a convertirse estas exposiciones periódicas, no es menos cierto que privado este aliciente de toda dignidad desde el punto de vista de una ambición más elevada y noble despierta siempre en ellos, el arte, la única fuente pura que queda entre nosotros, bien que todavía débil en su nacimiento, acabará por mercantilizarse y depravarse también, subiendo en la escala del provecho material los mismos peldaños que descienda en la de su valor expresivo como manifestación de nuestro peculiar espíritu, amenazado de morir sin copia que lo refleje y conserve en el curso del tiempo. Y es lástima que una iniciativa altamente educadora, como ésta, lleve en sí misma el germen desmoralizador que ha de atrofiar, a la larga, la sublime naturaleza del arte, secando las mismas fuentes de bien y de salud que aspira a nutrir y vigorizar.

Es innegable que si arrebatamos al artista el noble y supremo aliciente de la gloria, dejando sólo abierta a su legítima ambición